

»de los Troyanos fuertes, y á la orilla
 »del mar acorralados, y de Acaya
 »estamos léjos. La salud, amigos,
 »en los puños está, no en retirarse
 »de la batalla.» Dijo; y furibundo
 con la terrible percha á todas partes
 diligente acudia, y al guerrero

que de Héctor por las voces animado
 y agradarle queriendo, se acercaba
 con fuego abrasador á los bajeles,
 furioso heria con agudo hierro;
 y doce campeones sobre el polvo,
 de las naves al pié, dejó tendidos.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

ARGUMENTO

*Ruega Patroclo á Aquiles le conceda
 vestirse de sus armas, y que pueda
 conducir al combate sus soldados.
 Mata al gran Sarpedon, ya rechazados
 en tropel los troyanos. Finalmente,
 da la muerte á Patroclo Hector valiente.*



si por esta nave combatian
 Aquivos y Troyanos, y Patroclo
 al pabellon de Aquiles ya viniera,
 y lágrimas ardientes derramaba,
 cual fuente cenagosa que cayendo
 de altísimo peñasco, en la llanura
 vierte las negras ondas. Cuando Aquiles
 le vió venir lloroso, del amigo
 hubo piedad, y asiéndole la mano,
 así le dijo en halagüeñas voces:

«¿Por qué lloras, Patroclo? Como suele
 »llorar la niña que en veloz carrera
 »á su madre siguiendo ya se cansa,
 »y la tira del manto, y la detiene,
 »y la mira llorosa, y la suplica
 »que en sus brazos la tome; así afligido
 »tiernas lágrimas viertes. ¿Anunciarnos
 »quieres infausta nueva, ó á mí solo
 »ó á todos los Mirmídones? ¿De Phtia
 »ha venido tal vez un mensajero
 »y tú le oiste solo? Si no miente
 »la fama lisonjera, tu buen padre
 »Menetio vive aún, y rodeado
 »vive de los Mirmídones Peleo,
 »y solamente si los dos murieran

»tristes estar debiéramos. ¿O lloras
 »por los Griegos acaso, que perecen
 »al pié de los navíos por su culpa?
 »Habla, nada me ocultes, y el origen
 »sepa yo de esas lágrimas.» Al héroe
 así, tristes suspiros exhalando,
 ¡generoso Patroclo! respondiste:
 «¡Ah, hijo de Peleo, y el más fuerte
 »de los Aquivos todos! ¡No mi llanto
 »culpes, amigo! Dolorosa cuita
 »oprime á los Aqueos. Cuantos eran
 »ántes los más valientes, en las naves
 »yacen heridos, quién de flecha aguda,
 »quién de un bote de lanza. Diomédes
 »herido está por arma arrojadiza;
 »con sus lanzas dos Teucros han herido
 »á Agamenon y al esforzado Ulises,
 »y Eurípilo, en el muslo, de saeta
 »herido está. Los médicos atienden
 »á curar sus heridas; y tú, Aquiles,
 »eres inexorable. ¡Oh! nunca, nunca,
 »la cólera que tú, valiente solo
 »en daño nuestro, abrigas en el alma
 »se apodere de mí. ¿Quién por tu brazo
 »alguna vez en las sangrientas lides

»defendido será, si á los Aquivos
 »no libertas ahora de la muerte?
 »¡Cruel! No fué tu padre el bondadoso
 »Peleo, ni tu madre la divina
 »Tétis: el negro mar de sus abismos
 »te abortó, ó de las rocas escarpadas
 »duras naciste, pues así te muestras
 »despiadado. Si temes que se cumpla
 »el vaticinio que tu augusta madre
 »de Jove en nombre te anunció algun día,
 »ú otro nuevo tal vez te ha revelado,
 »á lo ménos á mí concede ahora
 »á campaña salir, y haz que me siga
 »de los otros Mirmídones la hueste
 »por ver si aurora de salud mi diestra
 »es para los Aqueos. Tu armadura
 »me da tambien: acaso, por las armas
 »creyendo los Troyanos ser Aquiles
 »el que en la lid se muestra, los combates
 »suspenderán, y los valientes hijos
 »de la Grecia, que están acobardados,
 »alientos cobrarán; que en las batallas
 »un breve instante de reposo es útil.
 »Y nosotros, que entramos en la liza
 »sin estar fatigados, fácilmente
 »á unas tropas que están ya tan cansadas
 »hasta su capital rechazaremos
 »léjos de los navíos y las tiendas.»

Con este ardor el infeliz rogaba.
 ¡Ah, necio, necio! en prematura muerte
 bajar del arco á la region oscura
 pedia sin saberlo; mas Aquiles,
 altamente irritado, así le dijo:

«¿Cómo, Patroclo, de tu labio ahora
 »estas voces salieron? Ni mi madre
 »de Jove en nombre me anunció este día
 »nueva calamidad, ni me acobarda
 »la suerte que los Hados me reservan.
 »Pero grave dolor el alma siente,
 »y el corazón, al ver que envanecido
 »un adalid, porque potente sea,
 »á un igual suyo á despojar se atreve
 »de la justa porcion que le ha cabido
 »por suerte al repartirse los despojos,
 »y hasta el premio de honor. Esta mi pena,
 »este es mi gran dolor, y esta la causa
 »de los muchos pesares que he sufrido.
 »La jóven que los hijos de la Grecia
 »como premio de honor me destinaron,
 »y que yo por mi mano cautivara

»despues de haber tomado y destruido
 »bien murada ciudad, de entre los brazos
 »me arrancó Agamenon como si fuese
 »yo el villano más ruin. Pero olvidemos
 »ya lo pasado, ni posible fuera
 »siempre abrigar la cólera en el alma.
 »A mi justa venganza yo queria
 »no renunciar, hasta que á ver llegase
 »el bélico tumulto y la pelea
 »cerca ya de mis naves.— Tú, Patroclo,
 »cúbrete ya de mis brillantes armas,
 »y los bravos Mirmídones ahora
 »á la lid guía; pues oscura nube
 »de Troyanos circunda los bajeles
 »con gran fuerza, y los Griegos á la orilla
 »del mar se han retirado. Reducidos
 »á corto espacio están y de los Teucros
 »sobre ellos carga la ciudad entera,
 »llena de confianza porque ahora
 »no ven de cerca el resplandor brillante
 »de mi celada. Pronto, fugitivos,
 »de muertos los barrancos llenarian
 »si el poderoso Agamenon me hubiese
 »honrado cual debiera; mas ahora
 »cercado el campo tienen, y atrevidos
 »en derredor combaten. Ni en la mano
 »de Diomédes el asta se enfurece
 »y libra de la muerte á los Aqueos,
 »ni ya la voz resuena en mis oídos
 »del Atrida, aunque odiosa la persona
 »tanto me debe ser. Escucho solo
 »de Héctor, el matador de los guerreros,
 »el orgulloso grito con que alienta
 »á sus legiones que la gran llanura
 »atruenan en confusa vocería,
 »ufanas por el triunfo que lograron
 »sobre los Griegos. Pero tú, Patroclo,
 »para salvar las naves acomete
 »animoso; no sea que abrasadas
 »por los Troyanos en ardiente fuego,
 »no podamos volver á nuestros lares.
 »Lo que debes hacer escucha ahora;
 »y el consejo no olvides, si deseas
 »que de honores y gloria los Aquivos
 »me colmen todos y la hermosa esclava
 »me restituyan, y brillantes dones
 »añadan en reparo de la ofensa.
 »Cuando ya de las naves alejado
 »al enemigo hubieres, te retira;
 »y aunque benigno Jove te conceda

»coronarte de gloria, no á los Teucros,
 »sin mí tú quieras perseguir, no acaso
 »mi deshonor aumentes; ni atrevido,
 »el combate siguiendo y la pelea
 »y matando enemigos, hasta Troya
 »llevés la hueste. Desde el alto cielo
 »alguno de los Dioses inmortales
 »contra tí bajaría; porque mucho
 »Febo á los Teucros ama. Así que hubieres
 »los navíos salvado con mis tropas
 »vuelve otra vez, y deja que los Griegos
 »y los Troyanos en la gran llanura
 »unos con otros batallando sigan.
 »Y ojalá, ¡padre Jove, Pálas, Febo!
 »que ninguno, ni Griego ni Troyano,
 »se libre de la muerte, y que nosotros
 »logremos solos de la excelsa Troya
 »á polvo reducir el fuerte muro.»

Así los dos hablaban, y entre tanto
 Ajax no pudo mantener su puesto;
 que una nube de dardos le cubria:
 y de Jove el poder por una parte,
 y por otra los Teucros animosos
 que sin cesar sus picas le tiraban,
 vencer al fin pudieron al Aquivo.
 El duro yelmo, al repetido golpe
 de tantas picas, en estruendo ronco
 en torno de las sienas resonaba;
 porque por ambos lados y de frente
 eran sus chapas sin cesar heridas,
 y de tener el ponderoso escudo
 en alto siempre sostenido, el hombro
 izquierdo ya sentia fatigado.
 Y ni aun así los Teucros con sus tiros,
 por más que le acosaban, de la liza
 le hicieron retirar; pero su pecho
 siempre anheloso estaba, y abundante
 sudor corria de su cuerpo todo,
 y ni un instante respirar siquiera
 érale dado; que por todas partes
 á un afán otro nuevo se añadía.

Decidme ahora, oh musas, de qué modo
 por la primera vez cayó en las naves
 el fuego abrasador. Estaba cerca
 de Ajax Héctor, y recia cuchillada
 en la pica le dió. Y aunque de fresno
 era duro, la espada del Troyano
 la cortó por la parte en que la punta
 sujetaba al astil la abrazadera;
 y en inútil esfuerzo Ajax blandía

el asta, y léjos de él cayó en el suelo
 con gran ruido el afilado bronce.
 Bien conoció como varon piadoso
 Ajax, y estremeciósse, que tenía
 contra sí las Deidades, y que Jove,
 potente Dios que en las alturas truena
 y fácil desbarata los proyectos
 de los tristes mortales en las lides,
 á los Troyanos la victoria daba;
 y fuera del alcance de los tiros
 se retiró: y entónces los Troyanos
 fuego ardiente pusieron á la nave,
 y en un momento abrasadora llama
 corrió por todo el buque. Cuando Aquiles
 vió arder el fuego en torno de la popa,
 hiriósse el muslo, y á Patroclo dijo:

«¡Sus, Patroclo valiente! marcha pronto;
 »el estrago ya veo que en las naves
 »haciendo está la llama abrasadora
 »que encendió el enemigo, y mucho temo
 »que si de los bajeles se apodera
 »no podremos volver á nuestra patria
 »Así, vístete pronto la armadura,
 »y en tanto yo congregaré la hueste.»

Aquiles dijo, y á su voz Patroclo
 se revistió de las fulgentes armas.
 Puso primero las bruñidas grevas
 de las piernas en torno, y al tobillo
 las ajustó con argentados broches.
 Ciñósse luego el anchuroso pecho
 con la coraza del valiente Aquiles,
 en variada labor de relumbrantes
 estrellas tachonada; y de los hombros
 colgó el estoque de cortante acero,
 cuyo luciente puño enriquecian
 clavos de plata, y el enorme escudo
 tomó despues. El reluciente casco
 puso tambien en la cabeza hermosa;
 y el penacho, que trémulo ondeaba
 y era de negras crines de caballo,
 inspiraba terror. Dos gruesas picas
 asió por fin, que manejar pudiera;
 pero la grande, y poderosa, y fuerte
 asta de Aquiles empuñar no quiso;
 que blandirla ninguno de los Griegos
 pudiera, y solamente manejarla
 sabía Aquiles. De robusto fresno
 cortada fué sobre la enhiesta cumbre
 del Pelio por Quiron; y éste á Peleo
 se la cedió despues, para que armado